

JAIME GIORDANO

SILENCIO

(Introitus)

Insaciable silencio bebedor de insectos
soplador de armas punzantes en el corazón de los pájaros
nube aposentada sobre un sepulcro
repetición de la lluvia sobre la piedra
araña que reptá los acantilados
silencio de los vientos
ya no es más la hora de los dioses que respiran bajo el agua
escuchando con ojos enrojecidos
el silencio perpetuo de los aires inmóviles

(Dies irae)

Silencio que no ha de perdurar entre las horas
silencio de negros que quieren subir al cielo
y el viento que se lleva los letreros y se lleva los niños
escondidos todos los negros en el porche del bar
servilletas que se platan sobre el rostro
transeúntes arrastrados papeles que vuelan
pobre viento en las últimas horas de su delirio
silencio que aún preside la huella de su paso
sobre rostros renegridos por la tierra

(Sanctus)

El silencio se esparce sobre tu rostro como una nube que oculta el esplendor
[de tu sonrisa.
El silencio desborda tus ojos siempre vivos en la blanca contemplación de
[todas las cosas.
Tus labios parecen moverse en un detenido gesto silencioso que me habla de
[ti como un ave a punto de volar.
Párpados que interrumpen el silencio de tus ojos e instalan lentamente las
[tinieblas en tu memoria.
Frente acostumbrada al silencio de las olas,
mano ya entrenada en el silencio helado de las aguas,
pies retenidos por el silencio de las arenas,
cabellos que el viento silencioso aparta tejiendo sobre tu rostro un sudario
[con qué recoger tu mirada.
¡Oh, reino del silencio, en que la voz de los tambores se prende en las uñas
[de los perros guardianes!

(Agnus dei)

Silencio que recorre el amanecer de las aguas sacrosantas y ávidas
alas azules muriendo de sed en la anchura de las nieves
virgen aún no consagrada en la capilla de los soles ardientes
silencio visitado por palomas
palabra pronunciada en un desorden de murciélagos
démoste la mano ángel incierto
en tu menudo disfraz que apenas te cubre

ALBA

Alzaste la cortina para mirar la calle: el silencio, aún...
y el alba que llega hasta la botella vacía hendiendo el aire a través de las
[persianas entreabiertas.
Todos te vieron a media luz cuando bailabas y la música persistía en dominarte
[entre las copas y un polvo de cenizas sobre discos.
Es tarde. Alzas tus manos y las cortinas ondulan suavemente.
El alba de un sol frío raya las cenizas sobre el parqué, y ciertas manchas de
[vino oscuro y vestones olvidados y el húmedo sueño sobre el living.
Es tarde. El vino se derrama gota a gota de la botella volcada.
Bailas sobre la alfombra con los pies desnudos.
La cortina se agita cuando abres la ventana para un hondo respirar sobre la
[calle vertiginosa.
La luz llega a la puerta.
Los ojos de la estatua miran inmóviles la palidez de los danzantes en las
[últimas horas del vino derramado.
El café hierve. El aire penetra y mueve los cabellos de los durmientes y alza
[con quietud las cenizas depositadas.
Tu cuerpo traza una larga sombra sobre el parqué.
¿Podrá quedar la huella de nuestros rostros en tu memoria
palpitando en el umbral de un sueño ebrio?
La mañana y el aire entran en los cuerpos inmóviles.

INTERIORES (1)

El rincón donde los libros anochecen como pájaros helados, azuzados por la
[tempestad que azota los vidrios,
entre cárdenas luces oblicuas recibe sus sombras.
El rincón perpetuo, nunca barrido por una doncella, sin luces de reloj en
[sus orillas.
El rincón donde las voces se duermen entre lluvias de sombras
y de rostros inclinados de viejas aves heladas, y la tempestad que azota
[sus vidrios, los marfiles enredados entre cárdenas luces
[y un crepúsculo perpetuo.

Llovía sobre el resguardo
y repetimos muchas veces el camino hacia la orilla,
¡que ya era tarde, de eso estábamos seguros!
era tarde para preservar tus recuerdos
caídos sobre la superficie como el óleo que suaviza las olas
al despertar de este crepúsculo
añorantes del tranvía que cruzaba entre alerces la avenida.
Es tarde también para añorar,
y los harapos de nuestra memoria
vuelan como una bruma sin gaviotas
sobre el crepúsculo de Talcahuano.

(Crepúsculo)

Aferrados al comedor que ha perdido tu sonrisa
cuando sólo sobrevive el gesto ausente de los ancianos sentados a la mesa.
Los cristales se desvanecen de transparencia
y los jóvenes esperamos el vino con vasos vacíos en nuestras manos.
La calle se queda olvidada detrás de las persianas
como si recién bajáramos de un viejo ómnibus que espera demasiado en cada
[esquina.

Los restos de la cena se queman al fondo del incinerador
y las manos hábiles de un ex sacerdote se encienden como un incensario.
La mesa de nuevo reluciente acoge el silencio de una noche brumosa
repartida entre nosotros como un manto.
Los ancianos se hunden en el sueño de sus últimas palabras.
Cubos de hielo azotan las paredes invisibles del vaso
y tus manos ofrecen el vino que todos bebemos.

VIEJA

Las manos de la vieja se detienen en la taza donde ha caído una mosca.
Los jotes en el patio repiten sus gestos de aves que lo saben todo.
Pero ya la abuela no se sienta a la mesa
y uno escucha rudas invitaciones que nos obligan a permanecer
pese al viejo silencio que se espesa en el patio de la casa.
Comprometidos a callar
y a no escuchar la súplica de la abuela que duerme
o se queda muda en la cocina,
viejas abuelas que no aprendieron a escribir,
que aceptan con ojos oscuros
nuestra frialdad de nietos para siempre olvidadizos.
De sus manos fluye una ola que habrá de deshacerse
y en su rostro sobrevive
la súplica que no quisimos oír.

REGRESO

Abandonado, librado a toda tu impaciencia,
a los ojos que te sobran,
no quieres regresar, pero regresas:
tus brazos sueñan recoger a la que aguarda,
rosas marchitas en sus manos.
Porque quizá te haya esperado toda esa noche
(sus ojos no te verán a medida que te acercas).

¡Llámalala!

Llama a la que te aguarda devorada de noches, sobre una piedra helada,
llama a la dormida sobre su lámpara sin óleo
y que ya no te mira.

JAIME CONCHA

LLEGA LENTA LA TERNURA...

Llega lenta la ternura
y está clara la casa,
todo ha comenzado apenas
a través de la mirada de los vidrios.
Y no hay nadie habitando nuestro espacio,
nadie llega, ninguno está invitado,
sólo un ramo húmedo que desciende lento,
una sangre precisa...

La ternura anda lenta
con sus pasos
por el piso camina,
cómo avanza esta amiga,
cómo se queda.
Ya se va, se despide,
habla apenas, no nos besa,
sólo queda la mancha de su ausencia
más acá de la puerta.

DICES ARBOL...

Dices árbol
y estás distante de ti mismo.
Dices calle
y estás lejano de andar
por tanto pavimento silencioso.